

1997 **Crónica** DE UN AÑO

EFE



EFE



EFE



EFE

LOS ÚLTIMOS PELDAÑOS. Diana de Gales centró buena parte de su actividad pública durante los últimos meses de vida en conseguir la prohibición mundial de las minas antipersonales, como quedó reflejado en sus viajes a

Bosnia y Angola. Amiga de personajes de extraordinaria valía, como es el caso de la también fallecida Madre Teresa de Calcuta, con la que se encontró por última vez en Nueva York, Diana de Gales parecía haber hallado la felicidad

al lado del multimillonario productor de cine Dodi Al Fayed, con quien protagonizó un amoroso viaje de placer por aguas del Mediterráneo y junto al que, finalmente, encontró la muerte en el túnel parisino del Puente de Alma.

Adiós Diana

La trágica muerte de Diana de Gales, de 36 años, desató una oleada de dolor desconocida hasta entonces

VIVIANA GARCÍA/ FERMÍN BOCOS
LONDRES

La trágica y temprana muerte de Diana, Princesa de Gales, ha dejado una profunda huella en el Reino Unido, donde la monarquía se ha visto obligada a dejar atrás su habitual rigidez y solemnidad. El 31 de agosto de 1997 los británicos amanecieron conmocionados al conocer el fallecimiento de la ex esposa del príncipe Carlos en un accidente de tráfico en París.

Diana perdió la vida junto a su amigo Dodi Al Fayed en el Puente de Alma después de que el automóvil en el que ambos viajaban se estrellara contra una pared del túnel parisino. Su muerte fue un auténtico trauma para una sociedad que se encariñó con Lady Di, una princesa que con su rostro ingenuo y su compasión se atrevió a romper con el protocolo de la realeza.

El gran cariño que la gente sentía por ella quedó reflejado en el número de ramos de flores, de tarjetas y ositos de peluche que el pueblo británico fue depositando en las residencias reales inmediatamente después de conocerse su muerte. Desde aquel trágico domingo de agosto y hasta la celebración del funeral de Diana en la Abadía de Westminster, los británicos se sumieron en un duelo colectivo, nadie quería sonreír y se hacían largas horas para firmar los libros de condolencias.

Pero mientras el pueblo sufría la pérdida de su princesa favorita, la familia real británica continuaba en el castillo escocés de Balmoral sin tener contacto con el público. Las enormes muestras de cariño, los llantos desconsolados de la gente y las críticas de la prensa londinense



por la falta de muestras de afecto llevaron a la Reina a romper con el protocolo.

En unas escenas nunca vistas antes en el Reino Unido, Isabel II regresó a Londres, caminó entre la gente y pronunció un mensaje televisivo en directo a la nación. La Rei-

na reconoció que había «lecciones que aprender» de la vida de la princesa, en clara referencia al legado dejado por Diana, quien se ganó el afecto de la gente por dedicarse a trabajos más humanitarios.

Diana, que murió a los 36 años de edad, tuvo el coraje de plantarse an-

te su familia política, que sólo conocía de unas ancestrales y estrictas reglas de protocolo.

Ella hizo con sus hijos, los príncipes Guillermo y Enrique, lo que su suegra nunca se animó a hacer: los abrazó y besó en público, lo que muchas veces le supuso las críticas de la familia real británica.

Su última campaña humanitaria se centró en conseguir la prohibición mundial de las minas antipersonas, como quedó reflejado en sus viajes de este año a Angola y Bosnia. Desde el funeral, que tuvo lugar el 6 de septiembre, la Reina, su esposo, duque de Edimburgo, y el príncipe de Gales comenzaron a cambiar poco a poco su actitud hacia el público.

En el aniversario de las bodas de oro de la soberana, en noviembre, ella y el

duque de Edimburgo se acercaron a la gente para conversar y agradecer los saludos. Además, en un discurso con motivo de los festejos de las bodas de oro, Isabel II apuntó el deseo de la familia real de escuchar los deseos de la opinión pública para cambiar la monarquía.

Algo similar ocurrió con la visita que efectuó recientemente el príncipe Carlos a Sudáfrica acompañado por su hijo menor.

Por primera vez, se le vio más relajado, saludó a la gente como lo hacía Diana de Gales, y mostró en público su afecto hacia su hijo pequeño. Desde luego, lo que está claro es que Lady Di sigue pisando fuerte en los titulares de la actualidad. Todo lo que roza su memoria se convierte en oro. Es como el rey Midas. Primero fueron los más de 30 millones de copias del *Candle in the wind* de Elton John. Después ha sido —está aterrizando en las tiendas— el *Tribute*, un disco colectivo con Paul McCartney, Michael Jackson, Barbra Streissand, las Spice Girls y Plácido Domingo.

Pero no se detiene ahí la cosa. La última, perfumada también de ambición y negocio, aunque envuelta en hopalandas de duelo y herido dolor, habla de una reclamación archimillonaria. Nada menos que ocho millones de libras esterlinas van a reclamar los deudos de la princesa muerta al Hotel Ritz de París, afamado establecimiento cuyo propietario es, como se sabe, el padre de Dodi Al Fayed, acompañante de Diana Spencer la fatídica noche en la que dió su definitivo salto a la fama y, de seguir las cosas como van, puede que también el primer paso hacia una futura canonización. Que así de neuróticos, parahistóricos y, en el fondo, entontecidos por la televisión estamos.

Si prospera tan *fenicia* iniciativa, se dará el caso de mayor abuso conocido de un estado de emotividad colectiva próximo a registros de histeria. Todo comenzó con la apresurada piraeta del hermano de la fallecida culpando a los fotógrafos profesionales de su muerte.